

Una casa para hablar del cáncer

Una decena de voluntarias lidera el centro de encuentros para mujeres que sufren la enfermedad, dispuestas a hablar sin reparos de pérdida del cabello, pruebas médicas o conflictos familiares

A. RUBIERA

Están sentadas en torno a una mesa con mantel de colores muy vivos, de motivos frutales. Fresas y kiwis que alimentan el espíritu. Sobre el mantel unas tazas de café, azúcar y sacarina, un bizcocho troceado, galletas y mucha conversación. Animadas y sin complejos. «Podemos ir al salón, pero es que en la cocina estamos muy cómodas», dice una de las tertulianas, Aurea Fernández, en un gesto que, de por sí, ya descarga de mucha presión. Nada de citas de consultorio, en ese piso se atienden más bien visitas caseras.

Alrededor de esa mesa se habla de pelucas, de la sequedad de la piel, de citas con el médico, de pruebas diagnósticas, de angustias, de enfados con la familia, de enfados con una misma, de ropa favorecedora, de relaciones de pareja... En definitiva, de todo lo que rodea a una mujer con cáncer de mama, ya tenga el diagnóstico superado, haya sido operada, o no, esté aún en fase de tratamiento o ya lo hayan completado.

Aurea Fernández es, como todas las presentes (a la cita se suma también el psicólogo y pedagogo Miguel Morán, ayuda inestimable para todas ellas), una de las colaboradoras de la casa de mujeres que la Fundación Bruno Salvadori Lions ha puesto en marcha en Gijón para ofrecer un lugar neutral, cómodo y cómplice, a personas que han sufrido el diagnóstico de cáncer de mama; un lugar que también está disponible para recibir a familiares o allegados de enfermas.

El lugar de cita está en el primer piso del número 32 de la calle Covadonga, esquina con el paseo de Begoña, y todos los lunes, miércoles y jueves, de 17 a 20 horas, la casa está abierta para el consuelo, el alivio o simplemente la compañía. «Está a disposición de todo el mundo. Abierta a cualquiera que quiera pasar por aquí», insisten las mujeres, casi por turnos.



ÁNGEL GONZÁLEZ

Miguel Morán con Gloria Castañón, Ana Martínez, Tina Alonso, Carmen Gaínza, Aurea Fernández, Lolí Arias y Eva Suárez.

Gloria Castañón, Ana Martínez, Tina Alonso, Eva Suárez, Carmen Gaínza, Lolí Arias, la propia Aurea, Begoña, Conchi, Conce, Elena, Lupe y Tina son la primera generación de mujeres de la Fundación que, por turnos, atienden la casa y dan la bienvenida. Algunas han pasado por el trauma del cáncer de mama; otras lo han sentido en la experiencia de alguna amiga, hermana, familiar... incluso hay quien se dedica profesionalmente a la enfermedad —es el caso de la enfermera Ana Martínez—. Y todas, eso sí, han recibido formación específica y entrenamiento para llevar adelante el reto de la superación: la propia y la ajena.

En los meses que lleva abierto el piso, se han convertido en una buena referencia para especialistas médicos, servicios de oncología y también de psiquiatría. «Del hospital de Jove nos han derivado a alguna mujer a la que animaron a que pasara por aquí, y también de algún centro

de salud mental. Pero todo depende de que la propia paciente le apetezca estar con nosotras», sostiene Gloria Castañón. ¿Qué buscan quienes pican a su puerta? «Sobre todo, que la escuches. Por eso la charla, el café y el ambiente de normalidad que

«No es lo mismo que alguien de casa te anime a arreglarte a que lo hagamos nosotras», cuentan

hay aquí es algo importante», alega. «Hay quienes en sus casas no habla del cáncer por no agobiar a los del entorno, o por no volcarles más presión. Y a veces es más fácil contarle a un extraño lo que te pasa, dudas o miedos, que a los de la propia familia, a quienes no quieres hacer

sufrir más de lo necesario», explica Tina Alonso.

También son conscientes de que cada enferma es un mundo y habrá quien no quiera hablar de su problema para que no le recuerden constantemente su cáncer, y quien se ofenda si nota un ligero desinterés o minusvaloración en su entorno familiar. «Que seamos unas extrañas puede ayudar a normalizar la situación. No es lo mismo que te anime uno de casa a arreglarte y maquillarte, a que te lo diga otra mujer que pasó lo mismo. Al de casa puedes mandarlo a paseo diciendo «qué sabrá de lo que me duele el cuero cabelludo o lo poco que me apetece», pero a nosotras es posible que nos tome más en cuenta», opina Alonso.

Todas están convencidas de que, aunque sólo dieran ayuda a una enferma, la experiencia ya valdría la pena. «La sanidad pública carece de grupos de apoyo psicológico y son muy necesarios. Porque los médicos

te tratan la salud pero ¿a quién le preguntas dónde hacen buenas pelucas, o qué se siente cuando te cae el pelo?», explican. No son ni se creen infalibles, pero algún cambio increíble ya han visto. «Es una satisfacción enorme ver a gente que llega con tratamientos psiquiátricos fuertes, anímicamente hundidas, con el negro instalado en la ropa y en el corazón, y notar que empiezan a vivir de otra manera. Recobran la autoestima y empiezan a creerse que pueden seguir adelante de otra manera. En esos momentos te sientes útil», cuenta una de las colaboradoras.

Además de hablar, de escuchar y de tomar café, el grupo es también un pilar en el apoyo y seguimiento durante la enfermedad. Llamam a las compañeras con menos ánimo para estar al tanto de su vida y para hacerles sentir que siguen ahí. Y tienen programadas una batería de acciones para ir, progresivamente, añadiendo a su red de apoyo. Por ejemplo, una serie de charlas abiertas al público sobre temas vinculados con el cáncer de mama (la próxima a final de mes, en el Antiguo Instituto), o alguna colaboración con gimnasios para mejorar las secuelas de las operaciones; por ejemplo, los linfedemas.

También esperan seguir con los talleres de «coaching» que imparte Miguel Morán, de autosuperación, para que el número de colaboradoras de la casa del cáncer de mama vaya creciendo. «Nadie tiene previsto ser voluntaria de este centro toda la vida. Lo bueno, y lo que queremos, es ir haciendo una cantera y ir dando relevo y extendiendo la red de apoyo», explican. Por ahora ya tienen hasta un colaborador masculino. Un varón que se ofreció «para relacionarse con otros hombres que, como él, pudieran haber visto cómo el cáncer de mama irrumpía en su entorno familiar. Nos pidió que contásemos con él y le avisásemos si podía servir de ayuda». Mientras eso ocurre, la casa es cosa de mujeres.